

A black and white photograph of Hannah Arendt, looking upwards and to the right. She is wearing a dark, high-collared jacket with a circular brooch at the neck. Her hair is styled in a short, wavy bob. The background is a plain, light color.

Laure
Adler

Hannah Arendt

Una biografía

Ariel | GRANDES
FILÓSOFOS

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
CITA
INTRODUCCIÓN
I. LA NIÑA DE LA FIEBRE
II. LA JOVEN FORASTERA
III. SOMBRÍA
IV. ESTUDIANTE ANTINAZI
V. EXILIADA
VI. PARIA
VII. PERIODISTA
VIII. ANTISIONISTA
IX. MILITANTE POLÍTICA
X. PRIMER REGRESO A EUROPA
XI. PENSAR EL TOTALITARISMO
XII. RADICAL
XIII. DEVORADORA DE LIBROS
XIV. ENVIADA ESPECIAL
XV. POLÉMICA
XVI. ATRAPADA
XVII. FIEL A LA REALIDAD
XVIII. FILÓSOFA
XIX. SOLA
XX. PROFUNDA
AGRADECIMIENTOS
ANEXOS
BIBLIOGRAFÍA
LÁMINAS
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Hannah Arendt fue una intelectual avanzada a su tiempo. Autora de una obra que abarca tanto la filosofía como la política, la ética y la religión, su figura es una de las más fascinantes de entre las que transitaban por el agitado siglo xx. En nombre de sus propias ideas, sin adscribirse a ninguna escuela, optó por preguntarse, a lo largo de toda su vida, sobre la cuestión del mal: la violencia política, los totalitarismos, el conflicto entre israelíes y palestinos, el poder de la sociedad de consumo, el aumento de los refugiados y la degradación de nuestras libertades.

En esta extraordinaria biografía, Laure Adler traza un recorrido por el itinerario vital e intelectual de una mujer que desconfió de todos los ismos, y arroja luz sobre infinidad de cuestiones poco conocidas a partir de correspondencia inédita y del encuentro con amigos y conocidos de Arendt.

Laure
Adler

Hannah Arendt

Una biografía

Traducción de Isabel Margelí

Ariel | GRANDES
FILÓSOFOS

A la memoria de Jacqueline Veinstein

Para mi nieta Annah

Me siento como un animal al que se le han cerrado todos los accesos; ya no puedo entregarme porque nadie me quiere tal como soy, todos saben más que yo.

HANNAH ARENDT a Karl Jaspers,
19 de febrero de 1965

INTRODUCCIÓN

Descubrí a Hannah Arendt hace veinticinco años, al leer su ensayo *Sobre la revolución*, libro en el que, de una forma asombrosa, propone pistas para la reflexión política con el objetivo de actuar sobre el mundo y de hacerlo más humano, menos injusto. Estas pistas coincidían con mis interrogantes de aquel momento. Más tarde, leer su retrato de Kafka fue una revelación. En él describía a un hombre tan cercano a nosotros, que casi se le oía resollar ante el espanto de lo que presentía. Hannah recordaba su deber de anticipar la destrucción del mundo contemporáneo mediante frases de una fuerza poco común, y convertía a este inmenso autor en un miembro de la comunidad, en ciudadano de un mundo nuevo que se debía construir inmediatamente. Me dije entonces que Hannah Arendt no era solamente una intelectual, una filósofa y una escritora, sino también, sin lugar a dudas, una mujer que sabía qué eran el sufrimiento, el desgarramiento interno y la escisión entre sí misma y el mundo. La lectura del resto de su obra no hizo sino confirmar esta intuición: Hannah Arendt, la mujer desgarrada, la mujer dividida en dos, empujada, a lo largo de toda su vida, a encontrar su sitio, tanto intelectual como físico, entre la lengua alemana y la cultura judía, entre su amor por Heidegger y su vida de casada con Blücher, entre su pasión por la filosofía y su inclinación por la política, entre la *vita contemplativa* y la *vita activa*.

«Entre», es decir, «entre dos orillas». Y siempre con un riesgo extremo, tanto en su vida personal como en sus compromisos públicos, y con la asunción de una soledad

que no era, en ella, orgullo autosuficiente, sino un método vital de aproximación a la verdad.

Hannah Arendt no forma parte de aquellos intelectuales del siglo xx que cambiaron de verdad en función de la época o de las tendencias. Jamás cedió a ninguna ideología y desconfió de todos los *ismos* como de la peste. Fue, y hoy lo sigue siendo, una intelectual libre, un ejemplo de independencia y valentía. En nombre de sus propias ideas, sola, sin escuela ni sostén, optó, durante sesenta años, por preguntarse sobre lo que produce el mal y lo que no funciona: las violencias políticas, los totalitarismos, el conflicto entre israelíes y palestinos, el creciente poder de la sociedad de consumo, el incremento de refugiados en el mundo, la reducción del espacio público y la degradación de nuestras libertades.

Hannah Arendt es la pensadora de un tiempo caótico, que sabe diagnosticar las causas del mal que gangrena nuestras sociedades. Es también alguien que cree en la fuerza del bien, en los recursos de nuestra humanidad, en el porvenir de un bien común, en la superación de nosotros mismos por una sociedad más fraternal. En ella se aúnan la voluntad de creer en una ley moral compartida por todos y la interrogación sobre la fragilidad de los asuntos humanos. Piensa que tenemos la capacidad de actuar y que nuestra libertad debe ser inalienable. Y por todas estas razones nos resulta tan preciosa, irremplazable en su manera tan cercana y tan frontal de interrogar al mundo, ayudándonos a hallar los instrumentos de navegación para comprender lo que ella misma denominaba «los tiempos sombríos».

Hannah Arendt es el poder del pensamiento, pero también la lealtad. Sumergirse en sus textos, conocer a sus amigos y descubrir su correspondencia inédita, como yo he tenido la oportunidad de hacer, ha acrecentado en mí esta inquietante sensación de proximidad con esta mujer, que siempre expuso sus propios modos de funcionamiento, ad-

mitió sus incertidumbres, asumió su violencia —lo que le valió más de un insulto— y reivindicó su lugar como persona políticamente incorrecta, aun sabiendo que iba a pagar un alto precio por ello.

Con todo, Hannah Arendt sigue siendo, aún hoy, poco conocida por el gran público. Hace poco tiempo que su notoriedad llegó más allá de los círculos universitarios. En Francia, recientemente, se oyó al presidente de la República referirse a ella, mientras que el programa de televisión «Questions pour un champion» citó sus libros a una hora de gran audiencia... En Alemania se imprimió un sello con su efigie, el tren que enlaza Karlsruhe con Hannover lleva su nombre y en Berlín se inauguró una calle Hannah Arendt; numerosos coloquios y seminarios giran alrededor de su obra y existe un premio Hannah Arendt, uno de los mejor dotados de Europa, que recompensa los trabajos de investigación. En Estados Unidos, su obra alimenta varias corrientes filosóficas y sociológicas, y no pasa un solo año sin que se le dediquen numerosas tesis. En Israel suscita pasiones y levanta entusiasmos, aunque sigue avivando la cólera de aquellos y aquellas que, parafraseando a Gershom Scholem, le reprochan que no aportara pruebas de su amor por el pueblo del que es hija.

Mi relato quiere, pues, dar a conocer mejor a Hannah Arendt, tratar de restituir la fuerza y la valentía de los combates que libró durante toda su existencia y despertar el deseo de leer, releer y meditar sobre lo que escribió; tal es el impulso, la fuerza y la energía que proporciona su pensamiento.

Para conducir mi investigación a buen puerto, fue necesario no tan sólo ponerme a la escucha de su obra (una treintena de textos publicados en francés, centenares de artículos y el grueso de su correspondencia), sino pisar igualmente los sitios donde ella vivió, conocer a quienes la conocieron y, gracias a la confianza que me otorgó Jerome

Kohn, su legatario testamentario, acceder a su correspondencia inédita y a numerosos trabajos, cuadernos de trabajo, *works in progress*, indicios materiales y rastros intelectuales de su manera de reflexionar, de agrupar y de eliminar para inventar. Así, viajé a través de toda Europa y pasé semanas enteras delante de una pantalla, en la biblioteca de la New School, en Nueva York, donde, para protegerlos de los estragos del tiempo, actualmente están digitalizados los documentos.

Muchos testimonios y amigos accedieron a abrirme sus puertas y hablarme a corazón abierto: Hermann Heidegger, el hijo de Martin, que recordaba muy bien a Hannah cuando regresó a Alemania y que me habló de su madre, Elfriede. Edna Fuerst, la sobrina de Hannah, a la que ella llama «cariño» en sus cartas; Edna la dulce, nacida en Israel, con quien asistió al proceso Eichmann. Lore Jonas, esposa de Hans Jonas, que fue compañero de estudios de Hannah en Marburgo desde 1924 y vino a instalarse, igual que ella, en Nueva York en 1955. Lotte Köhler, a quien Hannah conoció en Nueva York en 1941; Lotte la íntima, la confidente, que le enseña inglés a Hannah, que le traduce los libros, que va con ella al cine los días en que aprieta la melancolía; Lotte, capaz de cantar *Lohengrin* y de recitar a Hölderlin durante noches enteras...; Lotte, que se ocupó de ella hasta su último aliento.

A continuación me faltaba reagrupar esta multitud de fragmentos... Pero ni hablar de rellenar los huecos, de proponer un discurso sin fisuras ni contradicciones, de colmar las ausencias con remiendos. Solamente trazar una trayectoria. Nada de hacer una biografía o un libro de filosofía. Existen ya muchos, que han alimentado mis investigaciones. En especial, la magnífica obra de Elisabeth Young-Bruehl, la primera biógrafa, alumna de Hannah, que le rinde homenaje ya en 1982, cuando su obra apenas es conocida. La de Julia Kristeva, que inicia su tríptico dedicado al genio femenino con un retrato de Hannah Arendt, incan-

descendente tratado filosófico, poético y psicoanalítico. La de Martine Leibovici, la primera en saber desentrañar, en su luminoso *Hannah Arendt, una judía*, la importancia del judaísmo en su obra. Las de Françoise Collin, que introdujo la obra de Hannah en Francia y supo hacerla fecunda, tanto en el plano del feminismo como en el de la fenomenología. Y, por fin, las de Sylvie Courtine-Denamy, que lleva veinte años comprometida con dar a conocer la obra de Hannah y acaba de editar el monumental *Diario filosófico*. Tantas mujeres a las que debo mucho y cuyo inmenso trabajo irriga mi relato.

Leer a Hannah Arendt me ha llevado muy lejos; demasiado lejos, quizás. El nivel de exigencia que muestra respecto a sí misma obliga a indagar en lo más hondo de cada uno para tratar de comprenderla. Era necesario negarse a adoptar sistemáticamente sus puntos de vista, mostrar las zonas de sombras y las contradicciones y los encierros políticos en que se dejó atrapar, por orgullo o mala fe.

Leer a Hannah Arendt es tumbarse en una calurosa tarde de verano sobre un campo de hierba recién segada y mirar el sol. Levantarse, ir con los pies desnudos hasta el riachuelo y caminar por encima de los guijarros, con el agua helada cubriendo los tobillos. El cuerpo escuece, la cabeza da vueltas y el espíritu se inflama.

Leer a Hannah Arendt es, en una noche fría de febrero, clara y sin viento, lejos del rumor de la ciudad, levantar los ojos al cielo, observar la bóveda celeste y dejarse envolver. La suavidad del fulgor. La inmovilidad protectora. Pensar en Kant, que tanto le gustaba a ella, que no temía inventarse una lengua nueva para expresar pensamientos auténticos, y para quien la filosofía no era saber de todo sino saber de uno mismo como principio de acercamiento a la libertad. Ser consecuente es la principal obligación de un filósofo, decía Immanuel Kant. Hannah lo fue.

Hannah pensaba que había llegado a este mundo predestinada. Sabía que poseía unas capacidades intelectuales especiales que le impedían disfrutar de la existencia. Su talento más manifiesto era la actividad del espíritu. Se consideraba una sirviente del espíritu. En este sentido, Hannah era religiosa. Respondió a la llamada. Para ella, pensar no era una actividad excepcionalmente difícil, aunque podía ser laboriosa. Era un don. Pensar era algo que se le echaba encima, como el relámpago sobre el árbol cuando hay tormenta. Y Hannah obedecía entonces sabiamente: se reclinaba, dejaba caer la cabeza hacia atrás, abría los ojos y contemplaba el techo, con los brazos debajo de la cabeza. Esto podía ocurrirle en cualquier lugar. Sus amigos, que lo sabían, abandonaban la estancia caminando con paso furtivo para no molestarla.

Igual que ellos, yo permanezco en la habitación de al lado, con el oído pegado a la puerta y con esta frase de su *Diario filosófico* que guardo en mi cabeza y en mi corazón: «La verdad es el más elevado signo del pensamiento [...]. Sin pensamiento, no hay verdad».

I

LA NIÑA DE LA FIEBRE

Hannover, Baja Sajonia, enero de 2004. El avión sobrevuela la ciudad cercada por los bucles del Leine, mientras unos caballos galopan por praderas de un verde tierno iluminado por el sol invernal. El contraste con el descubrimiento de la ciudad será aún más brutal. Una calle comercial larga y peatonal, una sucesión de edificios de hormigón, de bancos y de agencias de bolsa. La ciudad natal de Hannah Arendt, donde Leibniz se estableció desde 1676 como bibliotecario e historiador en la corte del ducado, fue destruida por los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.¹ Hannah Arendt nació en Linden, un barrio periférico de una ciudad que fue arrasada. ¿Fue éste el motivo por el que nunca quiso regresar a su lugar de nacimiento durante sus numerosas estancias en la República Federal de Alemania después de diciembre de 1949? Pasó su infancia (a partir de los dos años) y su adolescencia en otra ciudad, la de Kant, también destruida: Königsberg, por entonces en la Prusia oriental y hoy llamada Kaliningrado.

Hannover la recuerda. Una calle y una escuela llevan su nombre. Cada año, la universidad organiza unas «Jornadas Hannah Arendt», durante las cuales acuden filósofos de todo el mundo para comentar su obra. En el primer piso de la biblioteca municipal de la ciudad se acaba de inaugurar una estancia dedicada a ella, con objetos personales como su cartera de cuero marrón con sus iniciales en dorado, sus bolígrafos, sus diplomas y condecoraciones (protegidos bajo un cristal vemos el premio de la Universidad de Co-